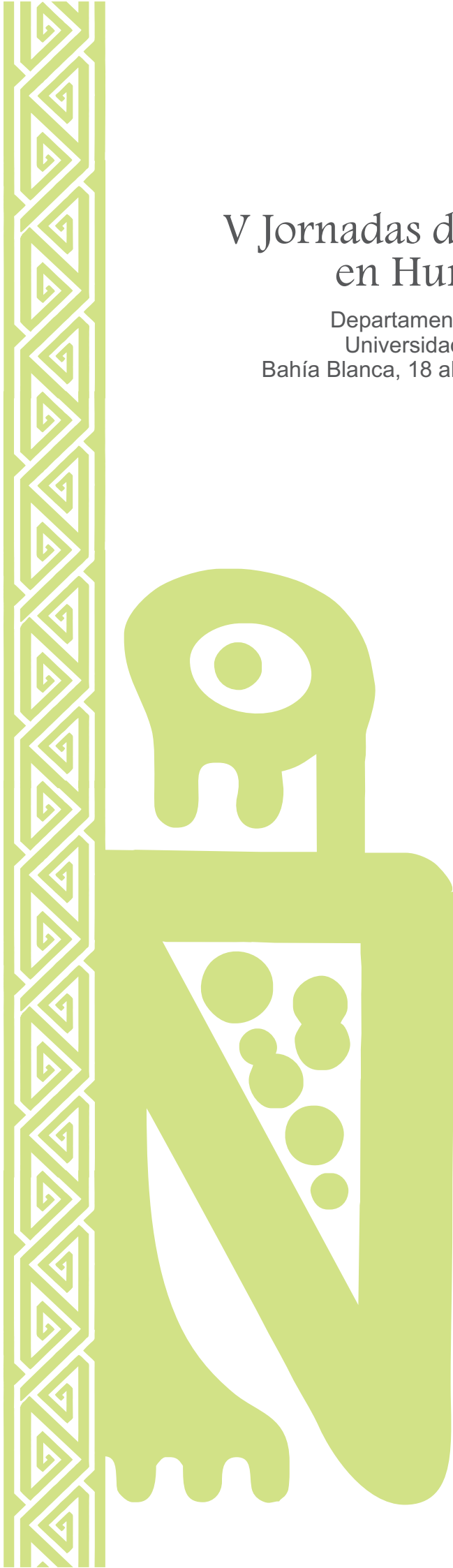


V Jornadas de Investigación en Humanidades

Departamento de Humanidades
Universidad Nacional del Sur
Bahía Blanca, 18 al 20 de noviembre de 2013

www.jornadasinvhum.uns.edu.ar



Volúmenes Temáticos de las
V Jornadas de Investigación en Humanidades

Coordinación general de la colección
GABRIELA ANDREA MARRÓN

Volumen 11

**Los usos de las categorías
conceptuales como claves
interpretativas del pasado.
Historia y Ciencias Sociales**

SILVIA T. ÁLVAREZ
FABIANA TOLCACHIER
MIRIAN CINQUEGRANI
(editoras)

Derivas de la idea de una historia global: de reflexiones epistemológicas a interrogaciones sobre las prácticas académicas

Guillermina GEORGIEFF
UNS - I.S.P. Joaquín V. González
guillermina@fmya.com.ar



...debido a que esos hombres dejaron de creer en el valor humano de la ciencia pudieron ser esclavizados por sus técnicas. Cuando no existe un fin mayor que empuja a los hombres hacia los límites de su horizonte, los medios pasan a ser fines y convierten en esclavos a los hombres libres.

Lucien Febvre

A comienzos del presente siglo y en un contexto de debate sobre la historia como actividad significativa, es decir, como una práctica intelectual capaz de otorgar sentido a la vida social colectiva, el historiador Ezequiel Adamovsky señalaba:

Una simple recorrida por los programas de las materias de nuestras Universidades, especialmente de las Historias Argentinas, alcanza para comprobar que –salvo honrosas excepciones– la abrumadora mayoría de las interpretaciones globales de períodos, sucesos y procesos están a cargo, o bien de no historiadores, o bien de historiadores extranjeros, o bien, en el mejor de los casos, de publicaciones académicas argentinas editadas hace ya décadas.

La pobreza de este tipo de producción historiográfica contrasta notablemente con la profusión de monografías e investigaciones acerca de aspectos puntuales de la más diversa índole. [...] Entiéndase bien: el problema no es que se desarrolle este tipo de investigaciones, que son fundamentales para el avance de cualquier historiografía. Lo que intento señalar es que éstas tienen como condición de posibilidad –y descansan sobre– relatos significativos del período al que pertenecen, que, paradójicamente, son articulados fuera del ámbito de la Historia académica

argentina. Los estudios puntuales, en general, no forman parte de programas de investigación más vastos, y a pocos parece importarles la pregunta por la importancia o pertinencia de tal o cual tema, o su conexión con una trama social más amplia (Adamovsky, 2001: 18).

La razón de esa ausencia de nuevas interpretaciones globales del pasado radicaba en que la totalidad de los sujetos históricos, pensados tanto por las ideologías nacionalistas como por la tradición liberal y la tradición socialista-revolucionaria, habían sido fuertemente cuestionados; pero también porque había declinado la idea del historiador como intelectual capaz de articular un pasado que diera significado a un presente. Lo que había entrado en crisis para este análisis era la relación entre Historia y Política. Compartiendo plenamente este diagnóstico creemos, sin embargo, que la contemporánea prescindencia de una historia integral remite también a otro orden de problemas.

Generalmente atribuible a la historiografía marxista y la annalista del siglo XX, el proyecto de una reconstrucción integral del pasado hoy ha sido abandonado por algunos y fuertemente objetado por otros. Y aquí cabe la primera aclaración: aunque hablemos indistintamente durante este trabajo de historia total, integral, global, siempre hacemos referencia a una escritura de la historia que posibilite una síntesis del conjunto de articulaciones y dependencias existentes entre los distintos niveles que configuran una sociedad en un tiempo determinado.

Las impugnaciones a la posibilidad de una historia global han sido diversas. Por un lado, crítica al “horizonte ontológico” que implicaba el concepto de historia global de los Annales o el de historia total marxista. El primero se consideró superado por la práctica historiográfica con la multiplicación braudeliana de las duraciones históricas y la diversificación de temas; y por la reflexión teórica, con el abandono de un realismo ingenuo que pretendía la correlación entre conocimiento y realidad (Vázquez García, 1995: 46). A ello se sumaron las reprobaciones a la historia total marxista, por su olvido del sujeto, por la sobredeterminación de lo económico y por los errores de una falsa totalización que había desconocido la especificidad de los ámbitos sociales (Aron, 1996: 399). En contrapartida, lograron adhesión las alternativas de reducir las escalas de análisis, de hablar de una historia total pero circunscribiéndose al todo de una parcela de la realidad, de intentar una aproximación integral a un objeto particular (Dosse, 1989: 189; Furet, 1985: 68).

Por otro lado, los proyectos de una historia integral fueron cuestionados en el plano epistemológico por las perspectivas historiográficas con resabios científicistas y positivistas que, en función de una estricta delimitación del campo de estudio específico de la disciplina y el logro de un conocimiento que se preciara de riguroso, impidieron o evitaron ex profeso cualquier acercamiento a la filosofía o a la teorización (Bermejo, 1987: 51-52). Desde un lugar muy distante al del positivismo, las versiones extremas del giro lingüístico exacerbaron el subjetivismo al punto de parangonar el discurso histórico con el literario y afirmaron que no había una entidad como la historia sino imágenes del pasado creadas por medio del discurso narrativo (en las que era posible prescindir de la génesis de los procesos y del principio de causalidad), rehusando de la idea de una historia total (Powell, 1991: 95-96; Rüssen, 1993: 128).

Mínadas la noción de totalidad y la de determinación social conjuntamente a la noción de un sujeto que implicara unidad, se derrumbó también la idea de “actor social” entendido colectivamente. La multiplicación de subjetividades, la diversificación temática, la idea de trabajar los márgenes (Certau, 1985: 45), la manifestación de las diferencias remarcando la discontinuidad, son expresiones de una historia descentrada que ha renunciado a afirmar la unidad de lo social o la unidad de sentido del proceso histórico, ya que tal enunciación corre el riesgo de ser interpretada por los científicistas como una habilitación a la “imagería romántica” (Revel, 1993: 113) o a las versiones biológicas o teleológicas de la unidad, y por los posmodernos como los vestigios de un pensamiento fuerte, de los metarrelatos de la modernidad (Vattimo, 1996; Olábarri Gortázar, 1993: 62-63; Noiriel, 1997: 135).

Las explicaciones aducidas por el fracaso de la historia total han sido disímiles: el modelo de inspiración braudeliana nunca fue un programa efectivo puesto en práctica sino una ambición inalcanzable; la historia total terminó siendo una simple suma o yuxtaposición de las diferentes dimensiones de lo real; nunca fue posible establecer un sistema de causalidades que haga inteligible la totalidad, dificultad que fue coadyuvada o por la tiranía de las determinaciones económicas (provocando una reacción subjetivista extrema que plantea la autodeterminación de los acontecimientos históricos); o que fue intensificada (para los marxistas) por la incapacidad de los historiadores no-marxistas de identificar una jerarquía causal que posibilitara la construcción de un conjunto integrado y articulado de conceptos que hiciera verosímil la distinción del desarrollo histórico como un todo. A ellas se sumaron la crisis del racionalismo con la consecuente profusión

temática que dio espacio a que los nuevos aspectos o técnicas de trabajo se cierran sobre sí mismos aislándose del estudio global de lo social (incluso reclamando autonomía o una entidad propia); la no menos inquietante explicación que adujo que la historia había descentrado al hombre y que el mismo había dejado de ser la referencia fundadora para convertirse en un objeto transitorio (Anderson et al., 1993: 24; Fontana, 1992: 84-85; Dosse, 1989: 114, 193-198; Noiriél, 1997: 71; Revel, 1993: 125-127; Gallego, 1993: 66; Barros, 1995:103).

Desde cualquiera de las formas en que fue conceptualizado el porqué del fracaso, el mismo siempre estuvo relacionado con la diversificación-desintegración en el plano epistemológico y en el metodológico. Y es aquí donde planteamos una inquietud: en referencia al problema de la necesidad-posibilidad una historia integral ¿qué hay que señalar sobre las lógicas del campo en el que se desarrolla el quehacer de la Historia?¹

Sabido es (y su referencia no intenta tan siquiera ser un *racconto*) que las ciencias sociales se constituyeron como campos de conocimiento autónomos (no sólo como espacios específicos de saber sino también como prácticas) entre fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, subsumidas bajo lo que se denominó el pensamiento “universalizante-sectorializante” cuyas premisas condicionaron el posterior desarrollo del entendimiento de lo humano-social. La primera de esas premisas señalaba que el camino del saber comenzaba con lo particular y terminaba con lo abstracto. La segunda afirmaba la existencia de sendas independientes y paralelas para los diferentes sectores del conocimiento que reflejaban procesos separados y paralelos en el mundo real, razonamiento que dio lugar a las llamadas “disciplinas” en las ciencias sociales (Wallerstein, 1993: 136-137). Mientras que en el siglo XVIII filosofía, economía moral, economía política, eran todos términos descriptivos, inclusivos y superpuestos, parcialmente coincidentes, para el siglo XX las ciencias sociales se habían dividido en disciplinas bien delimitadas: historia, psicología, antropología, economía, geografía, ciencia política, sociología. La separación no fue meramente intelectual sino también administrativa con la creación de nuevas comunidades de competencia institucionalizadas.

Esta tendencia a la fragmentación que se operó desde la constitución de las ciencias sociales como tales desconoció que la parte

¹ Remitimos a la noción de campo de P. Bourdieu quien define a un campo como un espacio determinado por la existencia de un capital común y la lucha por su apropiación, y que posee una estructura determinada por las relaciones que guardan entre sí los actores involucrados (Bourdieu, 2006).

que se presentaba como parte, sólo era parte dentro de la “totalidad social” y que en cuanto se separaba adquiriría una cierta autonomía sin la cual era impensable como unidad del objeto de estudio. Sin embargo, esta unidad pronto se totalizó y autonomizó adquiriendo una verdad de sí misma y en sí misma que la hacía prescindir de su dependencia. No ha de extrañar entonces que las partes no pudieran unirse para dar cuenta de la totalidad social (La Riega, 1979; López, 1997). Esto fue claramente acusado por Lucien Febvre cuando al definir el interés de la historia por los hombres, sujetos sociales con múltiples funciones y actitudes, afirmaba:

Definido así, se puede asir al hombre, por comodidad, de tal o cual miembro, por la pierna o por el brazo, más que por la cabeza. Es igual: siempre será el hombre entero lo que se arrastra desde el momento que se tira de él. No se puede descomponer a un hombre en trozos sin matarlo. Por eso el historiador no tiene que hacer pedazos de cadáveres (Febvre, 1970: 41).

Así, la suma de las partes que se distribuyen las ciencias sociales del “todo social” no es igual al “todo” como unidad de lo real. Por otro lado, cada disciplina en su autonomización giró sobre supuestos epistemológicos y metodológicos propios produciendo variaciones que hicieron la mayoría de las veces incompatibles las partes en su intento de unidad del conocimiento social (López, 1997: 16-18). Y no es casual que a través de la historia de las ciencias sociales nos encontremos que cuando hubo intentos de acercamiento entre las mismas, o proyectos interdisciplinarios de trabajo, siempre estuvo presente la determinación de una de ellas por sobre las otras, generando reduccionismos insalvables: imperio de la sociología, imperio de la historia, imperio de la economía en la primera mitad del siglo XX; imperio de la semiología, imperio de la lingüística, imperio de la antropología en las últimas décadas².

La parcelación del saber con el transcurso del tiempo y el desarrollo de las ciencias sociales también empezó a operar dentro de cada una de las disciplinas. Centrándonos en la historia, desde comienzos del siglo XIX quedaron firmemente establecidos dos elementos esenciales del paradigma de la historia-ciencia. En primer

² La reversión a este proceso está desde el comienzo del mismo. Así se deben entender los intentos de síntesis de Karl Lamprecht, de Henri Pirenne, de Henri Berr desde la historia; de Marcel Mauss, de Georges Gurvitch desde la sociología; y también desde el mismo Marx. Y serán ellos los referentes de las posteriores intenciones de construir en el saber la totalidad de lo real (Olábarri Gortázar, 1993; Iggers, 1995: 23-58).

lugar, la filosofía de la Ilustración elaboró un nuevo concepto de historia que designaba a la vez la “realidad” del pasado y su representación (Noiriel, 1997: 51-91). En el siglo XIX todo se historizó: el hombre, el mundo y se intentó explicar la historicidad humana, encontrar leyes de su funcionamiento y evolución (Foucault, 1991: 356-362). Los integrantes de la Escuela Histórica Alemana, sin embargo, preocupados por -y en contra de- el idealismo y los abusos de la filosofía de la historia, buscaron sentar la legitimidad de la investigación histórica empírica estableciendo un primer inventario de las tareas prácticas realizadas por el historiador. El positivismo implicó para la historia de la disciplina el establecimiento de nuevos objetivos en la investigación que superarían la intención primera de hallar las manifestaciones de la “Idea” tras los hechos y apuntó a buscar la verdad “por sí misma” aplicando los principios de unificación metodológica de las ciencias y la neutralidad valorativa. Estas ideas, como sabemos, fueron no sólo cuestionadas sino en parte rechazadas por el paradigma de la “nueva historia” de la primera mitad del siglo XX, que objetó la imparcialidad del historiador. Desavenencias, sin embargo, que se vieron atenuadas por la permanencia del empirismo, por la falta de reflexión teórica y por el objetivismo decimonónico (Dosse, 1989; Rüssen, 1993: 119-139; Barros, 1996: 21-44).

El proceso de profesionalización de la Historia resulta tan importante como los principios epistemológicos y metodológicos para entender esta parcelación interdisciplinar. Dicha profesionalización estuvo signada por la impronta positivista, que concedía primacía al análisis por sobre la síntesis, al tratamiento de los materiales y a su crítica. Como dice Noiriel,

Solamente después de haber cumplido este largo y minucioso trabajo puede el historiador realizar la síntesis, es decir, comparar, relacionar, agrupar los hechos en marcos generales y en “cuadros” que están más próximos a la tabla de Mendeleiev que a las obras de arte, como soñaban los historiadores de la primera mitad de siglo (Noiriel, 1997: 67).

En adelante, el historiador ya no fue considerado un “autor” sino un “obrero de ciencia”: dejó de elaborar una “obra” personal concebida como un todo y comenzó a explorar una parcela del saber que sólo adquiriría sentido en el marco de colaboración de todos los investigadores. De esta manera, se concebía la relación entre análisis y síntesis como una distribución de tareas en el tiempo entre sucesivas generaciones. Los historiadores “metodicistas” se basaron así en una

división del trabajo que permitía la producción de un saber especializado gracias al cual se elaboraban hechos susceptibles de verificación. Y la cooperación del conjunto de investigadores compensaría la fragmentación del saber que era consecuencia de la especialización.

Si bien esta práctica fue posteriormente reformulada, en lo esencial, se continuó con dicha línea (Iggers, 1995). Dentro de la Escuela de los Annales, Marc Bloch (pese a que entendía que el análisis y la síntesis eran dos aspectos de la tarea que debían incumbir a cada historiador) consideraba a la historia como una práctica profesional basada en la división del trabajo y en la especialización y juzgaba como un hecho irreversible la segmentación de la disciplina (Noiriel, 1997: 87). Febvre tomó una postura mucho más intransigente y sostuvo que no había una historia económica, una política y una social, y que los hombres eran el objeto único de la historia. La restricción del campo de acción del cientista significaba lo que él denominaba la “plaga de la especialización”, íntimamente vinculada a una conceptualización de la historia por su método y no por su contenido y que debía ser combatida por las investigaciones colectivas y el trabajo conjunto (Febvre, 1970: 85-93, 159-163). Braudel continuaría esta línea iniciada por Lefebvre con su defensa de un trabajo unificado superador de los particularismos disciplinares (Braudel, 1991: 21, 131, 144-145).

Algo similar ocurría en el campo del marxismo especialmente en el ámbito de los historiadores radicales nucleados en torno a la historia de las mujeres, de las minorías, de los grupos marginales, que dio como resultado una historiografía rica en perspectivas, contemplativa de las subjetividades y de los individuos (caros a una historiografía marxista esclerotizada) pero que presentó como contrapartida una proliferación casi anárquica de sujetos colectivos y el consecuente descentramiento del enfoque histórico. Intentando revertir esa situación, en los noventa Eric Hobsbawm invitaba a sus pares a ir de una historia social a una historia de la sociedad (Hobsbawm et al., 1993: 17-35; Sábato, 1995: 29-33; Iggers, 1995: 23-51; Hobsbawm, 1997: 71-93).

El balance de todo ello es que para la segunda mitad del siglo XX aún quedaba en el “debe” de los historiadores el replantear completamente la cuestión de la unidad de la historia, pues con la extraordinaria diversificación de la disciplina se había hecho evidente que esa unidad no podía basarse en el “método histórico”; y a contrapelo se verificaba que las diferencias entre los temas, métodos, teorías, incluso las jergas admisibles dentro de la historia, eran mucho mayores que las disparidades con las otras disciplinas. La explosión en los años setenta de una “nueva historia” con las innovaciones del giro lingüístico

en la historia, del giro crítico de los Annales y de la “radical history” no había sino incrementado la tendencia de las prácticas historiográficas fragmentadas e inconexas. La división del trabajo se acentuaba, abriéndose cada vez más la brecha entre las tareas de investigación analítica y las de síntesis.

Volvemos entonces a nuestra inquietud primera: ¿se reflexionó acaso lo suficiente sobre el campo en el que se investiga y se generan los textos historiográficos? Interrogarse sobre la posibilidad de realizar una historia total es también indagar sobre las prácticas que constituyen el quehacer historiográfico, preguntarse el cómo son formados los historiadores, cómo son seleccionados y consagrados, cuáles son las instancias de legitimación de la disciplina, el cómo de la profesionalización de la misma y de las reglas de funcionamiento de la comunidad científica.

Hace algunos años Jean Chesneaux denunció -en un tono por demás polémico pero no por ello menos cierto- un tecnicismo y un productivismo exacerbado en el trabajo intelectual a merced del mercado letrado, conductas que él creía correlativas con la lógica de una economía competitiva (Chesneaux, 1984: 82-83). El historiador que intentaba alcanzar cierta instancia de reconocimiento -o que ya la había ganado- necesitaba identificarse con una especialidad o un tema, con una parcela de saber (graficación de ello es la posgraduación de cualquier cientista). Si la crítica de Chesneaux fue mal recibida e imputada como una acusación polémica y militante, su contestación de todas maneras no negó esa evidencia: que la diversificación de los ámbitos de investigación estaban íntimamente ligados a las necesidades de crecimiento personal, a la constitución de nuevos espacios institucionales, al desarrollo de las carreras profesionales, exigencias o imposiciones que fueron las que provocaron el “desmigajamiento” de la historia.³ E incluso ciertas consideraciones fueron mucho más allá y señalaron las vinculaciones que existían entre los nuevos planteos epistemológicos y la emergencia de distintas escuelas o tendencias nacionales que entraban en pugna con las existentes⁴.

Es claro que cualquiera de las disputas en torno a problemáticas historiográficas no se discute, y se dirime a través de y en el debate intelectual sino también en un marco histórico particular, en contextos ideológicos singulares y en medio de luchas por la ocupación de los

³ Ver en este sentido la crítica que le formula Gérard Noiriel a Chesneaux (Noiriel, 1997: 111).

⁴ En estas interpretaciones entra el mismo Noiriel cuando analiza el surgimiento del “giro lingüístico” en historia, ilustración para él del “peso de las contricciones nacionales en la investigación histórica” (Noiriel, 1997: 125).

espacios institucionales. Evocando entonces la advertencia de Marx a los neohegelianos sobre su incapacidad de apreciar que los combates se dirimen en el mundo real existente y no en el de los conceptos, nos sentimos interpelados a plantear los siguientes interrogantes: ¿no deberíamos comenzar con una reorganización de los recortes inter e intra disciplinarios que implique la superación de las actuales circunscripciones institucionales?; ¿no necesitamos corregir nuestra formación como “sabios-ignorantes”, al decir de Ortega y Gasset, la cual compromete no sólo nuestra práctica de investigación sino también nuestra práctica docente?; ¿no tendríamos que reflexionar sobre el alcance y la significación social de nuestra actuación como intelectuales? Acaso la consecución de una historia integral ¿no supone tiempo, esfuerzo colectivo, trabajo de síntesis, elementos que no conciden con los rasgos del ejercicio intelectual de hoy día caracterizado por la necesidad o el afán de “productividad”, que se traducen en la acumulación de antecedentes para abultar un curriculum, la presentación de ponencias en los congresos, las publicaciones en revistas especializadas, etc.?

Tal vez en la profundización de estas preguntas y en los ensayos de respuestas encontremos un claro donde se vislumbre no sólo la necesidad sino incluso la posibilidad de restitución de una historia integral, de un relato que articule y de sentido de unidad a las diferencias sin producir por ello homogeneidades.

Referencias Bibliográficas

- Adamovsky, E. (2001) *Historia y sentido. Exploraciones en teoría historiográfica*, Buenos Aires, Ediciones El cielo por asalto.
- Aron, R (1996) *Lecciones sobre la historia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Aróstegui, J. (1995) *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica.
- Barros, C. (1995) “La historia que viene”, en: Barros, C. (edit.) *Historia a debate*, Santiago de Compostela, Historia a Debate.
- Barros, C. (1996) “El paradigma común de los historiadores del siglo XX”, en: *Estudios Sociales*, Año VI, N° 10, Santa Fe, pp. 21-44.
- Bermejo, J. (1987) *El final de la historia. Ensayo de historia teórica*, Madrid, Akal.
- Bourdieu, P. (2006) *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba.
- Braudel, F. (1991) *Escritos sobre la historia*, Madrid, Alianza.
- Certau, M. de (1985) “La operación histórica”, en: Le Goff, J. y Nora, P. (1985) *Hacer la historia*, Barcelona, LAIA, tomo I.
- Chesneaux, J. (1984) *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Dosse, F. (1989) *La historia en migajas*, Valencia, Ediciones Alfons el Magnánim.
- Febvre, L. (1970) *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel.

- Fontana, J. (1992) *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica.
- Foucault, M. (1991) *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, México, Siglo XXI.
- Furet, F. (1985) “Lo cuantitativo en historia”, en: Le Goff, J. y Nora, P. (1985) *Hacer la Historia*, Barcelona, LAlA, tomo I.
- Hobsbawm, E., Hill, Ch., Anderson, P. Thompson, E. (1993) “Agendas para una historia alternativa”, en: *El cielo por asalto*, Año III, N° 6.
- Hobsbawm, E. (1997) *On history*, New York, The New Press.
- Iggers, G. (1995) *La ciencia histórica en el siglo XX*, Barcelona, Labor.
- La Riega, A. de (1979) *Conocimiento, violencia y culpa. Después de Heidegger*, Buenos Aires, Paidós.
- López, R. (1997) *Para pensar las ciencias dentro del marco de la Modernidad*, Bahía Blanca, Ficha de Cátedra, Departamento de Economía, UNS.
- Noiriel, G. (1997) *Sobre la crisis de la Historia*, Madrid, Ediciones Cátedra Universitat de Valencia.
- Olábarri Gortázar, I. (1993) “La Nueva Historia, una estructura de larga duración” en: Andrés Gallego, J. (dir.) *New History, Nouvelle Histoire. Hacia una Nueva Historia*, Madrid, Actas de El Escorial.
- Powell, E. (1991) “Posmodernidad e historia”, en: *Discurso y realidad*, Vol. VI, N° 2.
- Revel, J. (1993) “Historia y ciencias sociales: los paradigmas de Annales”, en: Pagano, N. y Buchbinder, P., *La historiografía francesa contemporánea*, Buenos Aires, Biblos.
- Rüsen, J. (1993) “La historia, entre modernidad y posmodernidad”, en: Andrés Gallego, J. (dir.) *New History, Nouvelle Histoire. Hacia una Nueva Historia*, Madrid, Actas de El Escorial.
- Sábato, H. (1995) “La historia en guerra ¿Hacia una nueva ortodoxia?”, en: *Punto de Vista*, Año XVIII, N° 51, pp. 29-33.
- Vattimo, G. (1996) *La sociedad transparente*, Barcelona, Paidós.
- Vázquez García, F. (1995) “Los problemas de la explicación en la historia de las mentalidades”, en: Barros, C. *Historia a debate*, Santiago de Compostela, *Historia a Debate*.
- Wallerstein, I. (1993) “Fernand Braudel, historiador, hombre de la conjoncture”, en: Pagano, N. y Buchbinder, P., *La historiografía francesa contemporánea*, Buenos Aires, Biblos.